

consumido por la manducación, y místicamente inmolido y ofrecido; sino en cuanto bajo el velo del vino consagrado, se encuentra también realmente su sangre, de manera que esa sangre divina pueda también en los accidentes del vino ser bebida, dividida y esparcida para la remisión de los pecados. Pero si ese pan y ese vino no son otra cosa que pan y vino bendecidos, no son más que la simple figura y no la realidad del cuerpo y de la sangre de Nuestro Señor, y no pueden renovar ni significar su pasión y su muerte: ¿qué relación, qué analogía podía encontrarse entre el simple pan y vino, y su cuerpo y su sangre? ¿Cómo no comiendo más que el pan y bebiendo el vino podría efectuarse una renovación conmemorativa de su cuerpo inmolido, de su sangre derramada por la salvación del mundo? Al contrario, el cordero, animal sufrido, dócil y pacífico, que se comía en la Pascua de los judíos después de ser sacrificado, para figurar la inmolation y la muerte futura del Mesías, representaba mucho mejor la paciencia, la dulzura y la paz con que el Cordero divino sufrió su pasión y su muerte. Así, aun cuando Jesucristo no hubiera dejado en la Eucaristía más que la simple figura de su cuerpo, habría abolido el antiguo símbolo, expresión tan sensible, tan viva, tan fiel de su sacrificio, para sustituirle otro que no puede representarle de ninguna manera. ¿Por qué, pues, habría sin ninguna razón plausible alterado la forma del culto? ¿Por qué no habría dejado en su Religión, más perfecta que la de los judíos, sino un recuerdo suyo mucho menos perfecto, ó por mejor decir, pálido, sin significación y enteramente inconcluyente? En efecto, despojados de la presencia real de Cristo, el pan y el vino eucarísticos no podrían decir ya casi nada á la imaginación, al espíritu y al corazón. ¿Por qué el Señor no habría más bien dejado para figurar su pasado sacrificio el mismo símbolo que tan bien figuraba su inmolation futura?

En tercer lugar, las palabras de la institución de la Eucaristía, interpretadas en el sentido de la presencia real, son tan claras y enérgicas, que no podrían serlo más para obtener el asentimiento de todo espíritu razonable. Es imposible añadir ni sustituir á ellas nada más claro y formal, más enérgico, para darnos la certeza de la verdad de ese misterio. Nuestro Señor dijo: «Tomad y comed, este es mi cuerpo: mi cuerpo, que será crucificado por vosotros: esta es mi sangre, que será derramada por vosotros.» Aquí puede añadirse mentalmente este comentario: Es así que mi carne es un verdadero alimento, y mi sangre una verdadera bebida, ¿luego hay medio de ver en estas expresiones la menor tendencia á un lenguaje figurado? ¿Hay medio de no encontrar en ellas el pensamiento del Hijo de Dios, al hablar de su propio cuerpo, de su propia sangre; de su cuerpo y de su sangre reales; de su cuerpo que estaba allí vivo, y que debía ser inmolido al día siguiente; de su propia sangre, que circulaba entonces por sus venas, y que al día siguiente debía ser derramada en la Cruz?

No perdamos de vista el momento solemne en que fueron pronunciadas por Jesucristo las supremas y santas palabras, tan mal interpretadas y en tan diverso sentido por la ligereza y mala fe. Era en la víspera de su muerte: era en el momento mismo en que Jesucristo legaba á sus Apóstoles sus últimos votos, sus últimas enseñanzas, sus últimas exhortaciones. Dejaba en aquel momento á sus Apóstoles su testamento, como maestro, como amigo, como legislador soberano, y como fundador de un culto nuevo y eterno. ¿Cómo podrían tener lugar allí los equívocos, las expresiones extrañas, oscuras y distantes del lenguaje más sencillo y más natural?

Ciertamente, el Hijo de Dios debió hablar entonces, no sólo con la autoridad, la majestad, la grandeza del Dios Omnipotente cuya palabra ha criado el universo, pero



también con la claridad y la precisión del Dios soberana verdad.

Al tomar el pan en sus manos, no dijo: «Este pan es mi cuerpo,» porque si se hubiese expresado así, habría dado á entender que el pan, permaneciendo pan, encerraba también su cuerpo, es decir, que en una sola y misma agregación de accidentes, se encontrarían dos sustancias corporales, la sustancia del pan y la de su cuerpo, lo cual hubiera sido absurdo; y, sin embargo, ese es el error grosero de los luteranos, partidarios de la doctrina de la *impanación*, ó de la permanencia del pan y del cuerpo de Nuestro Señor en la misma hostia: también rechazan la *transubstanciación*, ó la conversión de la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Nuestro Señor en ese Sacramento. Pero Jesucristo dijo: «Este es mi cuerpo;» de manera que la palabra *este* afecta á la palabra *cuerpo*, y se concilia con él: por manera que es una locución enteramente semejante á la grandiosa palabra que el Divino Padre hizo oír desde lo alto del cielo: «Este es mi Hijo amadísimo.» (*San Mateo*, III.)

Las palabras de la última cena significan, pues, evidentemente: «Esto, que os parece ser pan, ya no lo es; porque del pan no quedan más que los accidentes que veis; pero en cuanto á la sustancia que no veis, ya no está en él: ha sido reemplazada por la sustancia de mi cuerpo: por manera que este es verdaderamente mi cuerpo, y esta mi sangre.»

¿Podía expresarse el Señor en términos más directos, más formales, más radiantes de luz para hacernos creer en la presencia real en su Sacramento? Deslumbrado con tanto resplandor, Lutero, ese espíritu orgulloso y grosero al mismo tiempo, exclamaba: «Si Carlstadt pudiese probarme que no hay más que pan en la Eucaristía, me haría un servicio inmenso, á que le quedaría reconocido. Fuerte con esa arma, sabría molestar al Papa. Pero lo

cierto es que me veo obligado de tal modo á admitir la presencia real, que no encuentro medio de salir del paso. El texto del Evangelio está tan claro, tan manifiesto, tan concluyente, que no es posible poner en duda la presencia real, y menos aún el negarla y destruirla con los comentarios de una imaginación delirante.»

Los sacramentarios mismos, pretendiendo que las palabras divinas: «Este es mi cuerpo,» deben ser tomadas en un sentido místico y figurativo, ¿hacen otra cosa que reconocer también la solidez de la interpretación católica, pues que para eludir el sentido literal, único legítimo y natural, hacen esfuerzos extraordinarios para darle otro fantástico y absurdo?...

Observad, en fin, que los que abusan de una manera tan indigna de esas divinas palabras, son esos mismos herejes que se envanecen de no seguir otra regla de fe que..... (1).

## SEGUNDA PARTE.

..... Pero la vispera del día en que Jesucristo iba á ofrecerse Él mismo en sacrificio visible y público sobre la Cruz, ¿qué necesidad tenía también de ofrecerse por el sacrificio eucarístico, sacrificio tan nuevo, tan oculto é incomprensible? Su crucifixión fué, es cierto, un verdadero sacrificio: pero la sentencia de Pilatos que le ordenó, y el furor de los verdugos que le ejecutaron, le dieron la apariencia de una condenación forzosa y de un suplicio merecido. En la crucifixión, los crímenes de los hombres, que fueron su causa segunda é inmediata, deshonraron en cierto modo la santidad de

(1) Aquí está incompleto el manuscrito: faltan algunas hojas, y no tenemos el fin de esta primera parte sobre la presencia real, ni el principio de la segunda sobre el sacrificio.



ese grande sacrificio, y eclipsaron la gloria de la ofrenda completamente gratuita y libre que el gran sacerdote de los siglos hizo en ella de su víctima, y que la víctima hizo de sí mismo. A excepción de su augusta Madre y de algunos de los discípulos del Hijo de Dios crucificado, nadie distinguió entonces la sangre divina que corría de la Cruz del Salvador, de la sangre que corría de la cruz de los ladrones crucificados en su compañía. La sangre de las víctimas inmoladas en los sacrificios de la ley, en testimonio de la antigua alianza, era respetuosamente recogida en copas de oro, y reservada para la aspersion del altar y la santificación del pueblo (*Heb.*, x), cuando nadie recogió la sangre de la víctima divina inmolada en el Calvario, ni la aplicó á un uso religioso y santo. Esa sangre preciosa quedó entonces despreciada y olvidada, y aun pudiera decirse confundida con la sangre de los malhechores. En ese sacrificio del Santo de los Santos, á los ojos de los mismos por quienes era ofrecido, el sacerdote no es, según las apariencias, más que un culpable, el sacrificio un castigo, y el altar un cadalso. El Señor, pues, según San Gregorio de Nysa, no quiso, ni pudo querer, hacer por un solo instante dudosa la libertad de su inmolación. No aguardó, pues, á que la traición de Judas, el odio de los judíos y la injusticia de Pilatos contribuyesen á hacer creer que era sacrificado contra su voluntad (1). No quiso que la malicia y los crímenes de los hombres, sus costumbres impuras y sus lenguas sacrílegas, llegasen á deshonorar un sacrificio que debía, como un perfume agradable, elevarse hasta el trono del Altísimo, y que debía salvar al hombre y restaurar el universo (2).

(1) Nec ex prodicione Judæ sibi imponendam necessitatem, nec judæorum impetum, nec Pilati sententiam expectat. (*Orat. Cathed.*)

(2) Ut malitia eorum sit communis hominum salutis principium, et causa. (*Orat. Cathed.*)

Queriendo, pues, demostrar que ni los obstáculos naturales podrían limitar su poder, ni los crímenes de los hombres contener su misericordia, y en virtud de esa sabiduría, por la cual lo preveía todo; de esa independencia, por la cual dispone de todo, según su voluntad, resolvió prevenir el sacrificio de la Cruz, y antes de cumplirle de una manera solemne y pública, quiso realizarle de una manera misteriosa y oculta: se sacrificó verdaderamente por nosotros, con una inmolación invisible, pero real; en un secreto más severo y más profundo que el secreto del templo; sobre un altar más precioso que el altar de oro colocado en el santuario; haciéndose Él mismo sacrificador y sacrificio, sacerdote y víctima: el verdadero Moisés sacrificando el Cordero de Dios, único que borra los pecados del mundo. ¿Y cuándo y en dónde cumplió el Cristo ese grande misterio? En el Cenáculo, cuando dió á sus discípulos á comer su cuerpo y á beber su sangre. Entonces, sí, fué cuando declaró que el antiguo sacrificio profético del Cordero ha recibido en ese misterio su cumplimiento y perfección (1).

La cena eucarística fué, pues, el mismo sacrificio que el de la Cruz, ofrecido en dos circunstancias diversas con un rito diferente. Fué el mismo sacrificio que el sangriento de la Cruz, pero ofrecido sin efusión de sangre. Fué el mismo sacrificio, pero anticipado, oculto, separado de toda injusticia de los hombres, y ofrecido al Divino Padre con una perfecta libertad interior y exterior, con una caridad pura y perfecta; en el que la violencia de los hombres no entró para nada, ni aun como causa instrumental del designio de su bondad; en el que el ver-

(1) Qui potestate sua cuncta disponit, hominum notitiam consilio suo avertit, et arcano sacrificii genere quod ab omnibus cerni non poterat, seipsum pro nobis hostiam offert et victimam inolat, sacerdos simul existens et agnus Dei qui tollit peccata mundi. Quando id præstitit? Cum corpus suum discipulis edendum, et sanguinem bibendum præbuit: tunc aperte declaravit agni sacrificium jam esse perfectum. (*Orat. Cathed.*)



dadero Moisés recogió él mismo su sangre en una copa, y la dió á sus discípulos juntamente con la carne de la víctima, y completó con anticipación la oblación del Calvario. En efecto, en la oblación del Calvario debía faltar la comunión, ese complemento necesario del sacrificio, esa prueba esencial de la reconciliación cumplida. La cena eucarística fué, pues, un sacrificio real, que sin una inmolación exterior, la cual no tuvo lugar hasta el Calvario, tuvo sin embargo todo el mérito, toda la eficacia, toda la perfección.

Pero no fué sólo una operación pasajera, un sacrificio ofrecido una sola vez: fué una institución permanente; fué un sacrificio establecido para siempre, que debía, según un profundo pensamiento de San Hilario de Arlés, renovarse hasta el fin del mundo. Porque, dice ese Padre, citado por Santo Tomás, como el Señor iba á ocultar á las miradas de los hombres el cuerpo que había tomado acá abajo, debía dejarnos la facultad de volver á consagrar el sacramento de ese mismo cuerpo, á fin de que nos fuese siempre posible honrar por el sacramento el misterio que había sido sólo una vez ofrecido para nuestra paz, y á fin de que, siendo permanente la necesidad de la acción reparadora de la salud de las almas, hubiese también permanencia de sacrificio por el cual se aplicase su fruto, y que la víctima inmortal estuviese siempre presente en el espíritu de los hombres por la operación del sacramento, y en su corazón por la infusión de la gracia (1).

En efecto, al dar la comunión con su misma mano á sus discípulos, el amable Salvador les dirigió estas sen-

(1) Quia corpus assumptum abluturus erat ex oculis: necessarium erat ut nobis sacramentum corporis et sanguinis sui consecraret, ut coleretur jugiter per mysterium quod semel offerabatur in pretium: et quia quotidiana et indefessa currebat pro hominum salute redemptio, perpetua esset etiam Redemptionis oblatio, ut perennis ista victima viveret in memoria et sentiri posset præsens in memoria. (San Hilario.)

cillas y sublimes palabras: «Lo que acabáis de verme hacer por vosotros, os lo mando hacer también á vosotros en memoria mía (1).» Y según San Pablo, que lo supo del mismo Divino Maestro, añadió además: «Todas las veces que comáis de ese pan y bebáis de esa copa, representaréis realmente la muerte de vuestro Señor, hasta que vuelva á juzgar al mundo (2).»

¡Oh, preciosas palabras, llenas de autoridad, de poder y de imperio! Por ellas, según el Concilio de Trento y la enseñanza de la Iglesia, el Hijo de Dios constituyó á los Apóstoles en sacerdotes del Nuevo Testamento, y les mandó, como también á sus sucesores, ofrecer perpetuamente el mismo sacrificio (3).

Y en verdad, es evidente que habiendo dicho el Señor á los Apóstoles: «Haced esto,» *Hoc facite*, les comunicó sin ninguna reserva ni limitación, el poder de hacer precisa y realmente lo que Él mismo acababa de hacer; es decir, el poder de convertir ellos también, por las mismas palabras que había pronunciado, el pan en su cuerpo y el vino en su sangre; de continuar el mismo sacrificio que había ofrecido el primero, por los mismos fines por los cuales le había ofrecido Él mismo por la gloria de Dios y por la salud eterna de los hombres. Puesto que no podían inmolar su víctima sin estar asociados á su sacerdocio, y pues que les era necesario ser sacerdotes como Él, para sacrificar como Él, es evidente también que por las mismas poderosas palabras de la virtud del Dios que las pronunció, los Apóstoles fueron consagrados y establecidos verdaderos sacerdotes de la nueva alianza: *Novi Testamenti sacerdotes constituit*.

(1) Hoc facite in meam commemorationem.

(2) Quotiescumque enim manducabitis panem hunc et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis donec veniat. (I. Cor., xi.)

(3) Apostolos tunc Novi Testamenti sacerdotes Dominus noster constituit, et eisdem eorumque successoribus ut offerret præcepit per hæc verba uti semper Catholica Ecclesia intellexit et docuit. (Sesión xxii.)



Y habiendo añadido: «Anunciaréis también para siempre la muerte de vuestro Maestro, hasta el tiempo en que vuelva.» *Mortem Domini annuntiabitis donec veniat*, instituyó un sacrificio que debía durar hasta el fin del mundo. Pues bien, un sacrificio perpetuo, exige un sacerdocio perpetuo también. Por las mismas palabras, pues, por las que creó y consagró sacerdotes á los Apóstoles, les confirió el poder de crear también y de consagrar á otros sacerdotes para perpetuar el sacrificio de la segunda alianza, hasta su segunda venida: *Donec veniat*. Hé ahí, pues, instituido el sacramento del Orden; hé ahí establecido por ese sacramento un sacerdocio nuevo, tanto más noble que el antiguo, cuanto que el nuevo sacrificio debía ser infinitamente más perfecto, y no debía estar enlazado á una sucesión carnal: sacerdocio perpetuo que no debía ser jamás revocado como lo había sido el de Aaron, ni reemplazado por ningún otro hasta el fin del mundo. *Donec veniat*.

Esas palabras significan, en fin, que el mismo sacrificio debía ser ofrecido por los mismos sacerdotes; es decir, por los sacerdotes sucesores de la gracia y de la consagración de los Apóstoles, como también de su espíritu y de su fe; por sacerdotes que no serían más que los Apóstoles reproduciéndose y perpetuándose en sus sucesores: por manera que no habría ya otro sacerdocio que el de la Iglesia, y que ese sacerdocio no concluiría sino con el mundo: *Donec veniat*.

Oigamos acerca de esto á San Juan Crisóstomo: «Las hostias de la antigua ley, dice, eran verdaderamente diversas y numerosas; y su multitud con su diversidad, era una prueba de su esterilidad:» *Hæ multæ, ideò nec valide quod sùnt multæ*. Porque si una solo de ellas hubiese tenido un valor real por sí misma, no habría sido necesario ofrecer muchas: *Quid enim opus erat multis, si una sufficeret?* ¡Ay! todo lo que se practicaba en la anti-

gua ley, no era tanto la expiación del pecado, como su prueba y su condenación: no era el testimonio del poder divino, sino de la miseria humana: y porque una sola víctima no bastaba jamás para las necesidades espirituales del hombre, se ofrecían siempre nuevas y de diversas maneras. No sucede lo mismo con Jesucristo: habiendo sido ofrecido una vez, ha bastado para siempre (1).

Pero entonces, se me dirá, ¿por qué los cristianos ofrecen todos los días nuestro sacrificio, como los judíos ofrecían diariamente los suyos? *Quid verò nos, non quotidie offerimus?* A lo cual respondo que no nos encontramos en igual caso: nosotros ofrecemos todos los días nuestro sacrificio, es cierto; pero como ese sacrificio no es más que la repetición del de la muerte del Señor, nuestra hostia es siempre la misma, y no ofrecemos muchas (2). Pues, ¿cómo se volverá tal vez á insistir, cómo nuestra hostia no es más que una, puesto que no cesamos de sacrificar? Porque no ofrecemos, como los antiguos judíos, corderos diferentes, sino siempre el mismo Cordero divino que ha sido ofrecido una vez. Y pues que nuestro sacrificio no es más que la repetición del sacrificio de Jesucristo, no hay para los cristianos más que un solo y mismo sacrificio (3).

El Pontífice es siempre el mismo, pues que el verdadero sacrificador es el que se ofrece la primera vez á sí mismo; hostia enteramente pura, para comunicarnos á todos su divina pureza. La hostia es la misma, pues que

(1) *Erat id quod fiebat peccatorum accusatio, non solutio; accusatio infirmitatis, non ostensio virtutis. Quoniam prima non valuit, altera offerebatur. In Christo autem contra semel oblata est. (Homilia 17, in cap. x, Epist. ad hebr.)*

(2) *Offerimus quidem, sed ad recordationem facientes mortis ejus; et una est hostia non multa.*

(3) *Quomodo una est et non multa? Quia semel oblata est. Hoc autem sacrificium exemplum illius est. Id ipsum semper offerimus, nec nunc quidem alium agnum, crastina die alium, sed semper eundem ipsum et proinde unum est hoc sacrificium. (San Juan Crisóstomo.)*



esa hostia es el Cordero siempre vivo, aunque siempre sacrificado, y que el sacrificio siempre consumado no la destruye jamás. Así en la sucesión de los siglos no hacemos más que lo que Él hizo, y lo hacemos en memoria suya; pero la memoria ó conmemoración es idéntica al objeto cuyo recuerdo perpetúa. . . . . (1).

NOTA. Aquí el manuscrito se halla también incompleto, y carecemos del final de esta segunda parte y de la conclusión de todo este discurso.

(1) Pontifex noster ille est qui hostiam mundantem nos pro nobis obtulit; Ipsam offerimus quæ tunc oblata est, nec consummi potest, Hoc in commemorationem fit ejus quod factum est; non aliud sacrificium sicut Pontifex; sed ipsum semper facimus. (*San Juan Crisóstomo.*)

## SERMÓN

### SOBRE LA CRUZ.

PARA LA FIESTA DE LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ (1).

*Nos autem gloriari oportet in Cruce Domini Nostri Jesu Christi, per quem salvati et liberati sumus. (Introitus Misæ.)*

Debemos glorificarnos en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por la cual hemos sido salvados y libertados.

Con estas palabras, tomadas del Apóstol San Pablo, comienza la Iglesia la misa de la festividad de la Invención de la Santa Cruz, que se celebra en este día.

Con esas mismas palabras comenzaré yo también la explicación de los grandes misterios cuyo recuerdo vamos á celebrar durante el mes consagrado, especialmente á la Madre de Dios.

Y en efecto, por la Cruz, Jesucristo, satisfaciendo á la justicia divina, ha conquistado la salvación del hombre, ha esparcido la luz, ha traído la gracia, ha fundado la esperanza, ha abierto el cielo, ha desarmado al infierno, ha santificado la tierra y ha cambiado la faz del mundo entero. Sobre la Cruz, y por la Cruz, ha ejercido las más nobles funciones, ha obrado los más grandes prodigios,

(1) Pronunciado el 3 de Mayo, durante el Mes de María.